

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Ayer y hoy

En las costas de Argelia de Túnez y de Marruecos, y cerca de las de España y de Italia, se realizaban asaltos a modestos buques. Los asaltantes eran los moros, y sus aliados los turcos. Los barcos asaltados pertenecían en su mayoría a España, a la nación que poco ha se había formado reuniendo un solo Soberano las Coronas de Aragón, Castilla y Navarra, y los países que a estas Monarquías pertenecían en todos los Continentes.

En los puertos de Valencia, Barcelona, Cartagena, Cádiz, Ferrol, Coruña y otros más se notaba un gran movimiento. Se preparaba una escuadra formidable.

No era extraño en aquellos tiempos. Carlos I de España se sentaba a la sazón en el Trono de sus abuelos, los Reyes Católicos. Se sostenían guerras en Italia, en Francia, contra los turcos, contra los ingleses. En América se conquistaban tierras y almas a fuerza de luchas guerreras, y con el trabajo y el sacrificio de nuestros misioneros. En los campos del Centro de Europa se combatía a los secuaces de la Reforma.

¿Contra quién había de encaminarse la expedición que se preparaba? ¿Dónde habían de ir aquellos barcos que incesantemente iban engrosando las escuadras españolas?

Haradín era dueño de las aguas del Mediterráneo. El Sultán turco le apoyaba. Francisco I de Francia, el Rey de la nación cristianísima, daba alientos para sus rapiñas al famoso corsario.

España era próspera. España, tan castigada por infinidad de guerras, era un venero de hombres y de elementos combativos. A todas partes se acudía, y en todas ellas se triunfaba.

¿Dónde iría aquella nueva y formidable escuadra?

Pero la pregunta que todos los enterados de la verdadera situación se hacían, era ésta:

¿Quién será el hombre que la sea dirigir? Todas las grandes

figuras del Ejército y de la Marina se hallaban al frente de no escasos núcleos de guerreros, sosteniendo el pabellón español en duras y muy difíciles empresas.

Algún se acercó al Rey Carlos. Le ponderó los barcos recientemente contruidos y, en su conversación con el Emperador, se atrevió a preguntarle:

—Está bien esa escuadra; es fuerte y numerosa, y los soldados parecen dispuestos a conquistar laureles.

¿Dónde va a dirigirse?

—Al África—contestó don Carlos— donde hemos de castigar las piraterías de Haradín Barbarroja.

—Pero le falta algo a esa escuadra; ¿quién va a ser el capitán que la dirija, si nuestros grandes marinos están empeñados en otras empresas?

El Emperador, sacando entonces un crucifijo, que siempre llevaba consigo, lo levantó en alto, diciendo:

—El capitán que ha de dirigir la escuadra, es Cristo, y su alférez será yo.

Poco tiempo después, los cristianos españoles desembarcaron en las costas de la Tunisia, y en Túnez entraba victorioso el Soberano español al frente de sus guerreros.

Eran aquellos tiempos en que la fe enardecía los corazones.

Ahora estamos comprometidos otra vez en tierra africana. Ahora no luchamos, ni en Flandes, ni en Italia, ni en los campos del Centro de Europa, ni en el Nuevo Mundo.

Entre nosotros no hay más enemigos visibles que los moros. Fácil parece la empresa. Más fácil lo fuera si, como en el siglo XVI, se acometiera la guerra pensando, más que en políticas bizantinas y en luchas interiores, en el ideal patrio, y si se tuviera en los corazones la fe que animó a nuestros ilustres ascendientes.

C.

Estudios Sociales

LOS LIBROS QUE MATAN

Por tercera vez había preguntado Guillermo Valn, al Frida, su querida hija, había vuelto a casa, y por tercera vez el ayuda de cámara le había dicho que no.

Nerviosamente separó las cortinas sobre las cuales iba estampando penosamente sus ideas, opaca como la oscura luz que se filtraba por los ricos cortinajes de seda oriental.

Dieron las seis, y su hija, que a las cuatro y media solía llegar a casa, no había llegado aún. Floy la célebre aya inglesa, la acompañaba, pero negros presentimientos, sin poder precisar su causa, oprimían al espíritu de Valn, el célebre escritor.

Frida tenía diecinueve años. Rica, bella, huérfana desde muy niña, era el encanto de su padre y el tiranuelo de aquella casa, pero tiranuelo a la gre, encantador, ¡hasta bondadoso!, cuya voluntad y cuyos caprichos eran ley para todos.

Todo le sonreía y ella también sonreía a todo y a todos.

Frida era en especial el sol que iluminaba el cielo de su padre, y cuando cansado de su labor, buscaba reposo, ella le regocijaba con su alegría y sus encantos.

Aquella mañana, sin embargo, no le había oído a Frida ni reír ni cantar.

Enfrente de la ventana, en un fresco vergel, contemplaban su hermosura las flores preferidas por Frida, despidiéndose a su modo del día, cuya luz iba huyendo como a pesar suyo.

En ese mismo jardín Valn había recibido por la mañana el último abrazo de su hija. Un temblor nervioso estremeció su cuerpo al recordarlo.

Descubrió las cortinas como para contemplar mejor los últimos rayos del sol poniente, y em-

pezó, melancólico y pensativo, a pasearse por el rico despacho.

Un campanillazo le sacó de sus meditaciones, y murmuró alegre: ¡será Frida! Y contentándose, esperó unos momentos, no sabiendo el mostrarse enojado con ella para evitar tan extrañas tardanzas.

Voces apagadas y pasos precipitados por los pasillos de la casa, le hicieron correr a la puerta. A ella llegaba en aquel momento, pálida y convulsa, Floy, la fiel aya inglesa.

—¿Y Frida?—preguntó el angustiada padre.

La anciana misa levantó las manos al cielo en un transporte de desesperación, y no contestó.

Sobre el blanco lecho se destacaba el cuerpo rígido de la joven. Su rostro de nieve parecía envuelto en su dorada cabellera como en una dulce aureola. Sus labios estaban amoratados como las violetas que florecen en los últimos días de invierno. En su pecho, al vestido rasgado mostraba un agujero por donde con su sangre se había escapado su vida.

Guillermo Valn, loco de dolor, se abrazaba al frío cadáver, mientras a la interrogación que dirigían sus ojos muy abiertos, contestaba un médico:

¡Se ha suicidado!

Misa Floy lo contó sollozando. Por la mañana había notado la exaltación de Frida. Por la tarde quiso salir al campo. «La primavera es tan dulce, dulce, con sus flores y sus brisas suaves...» Se sentaron junto al lago, debajo de unos sauces llorones, cuyas ramas cortaba distraída.

Hízole notar que era hora de partir, y que el camino era largo, y ella contestó con tristeza infinita: ¡Partir ya!.. ¡Largo el camino!.. ¡Qué ríeón tan tranquilo es éste!.. ¡Qué dulce debe ser morir aquí!..